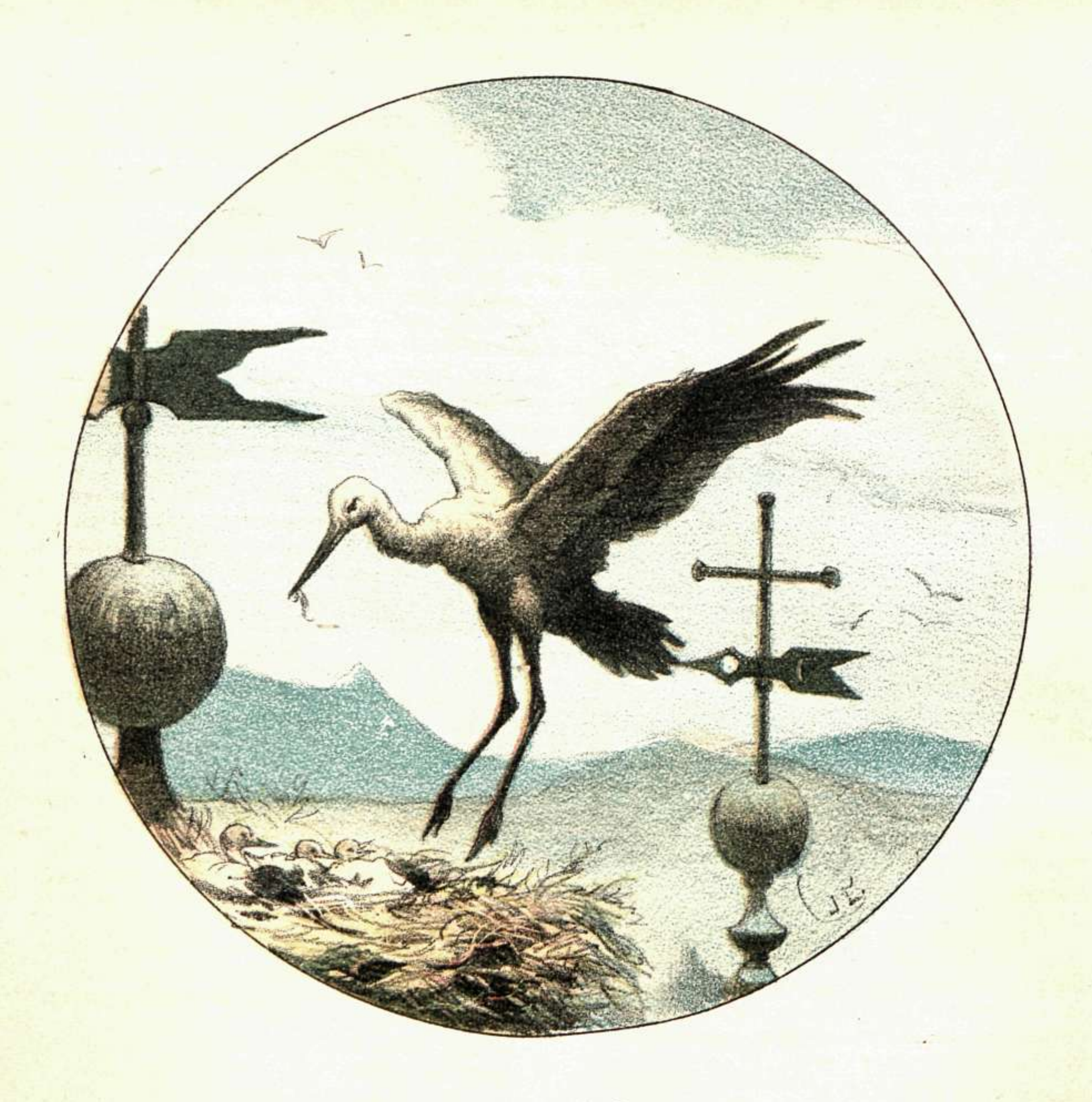


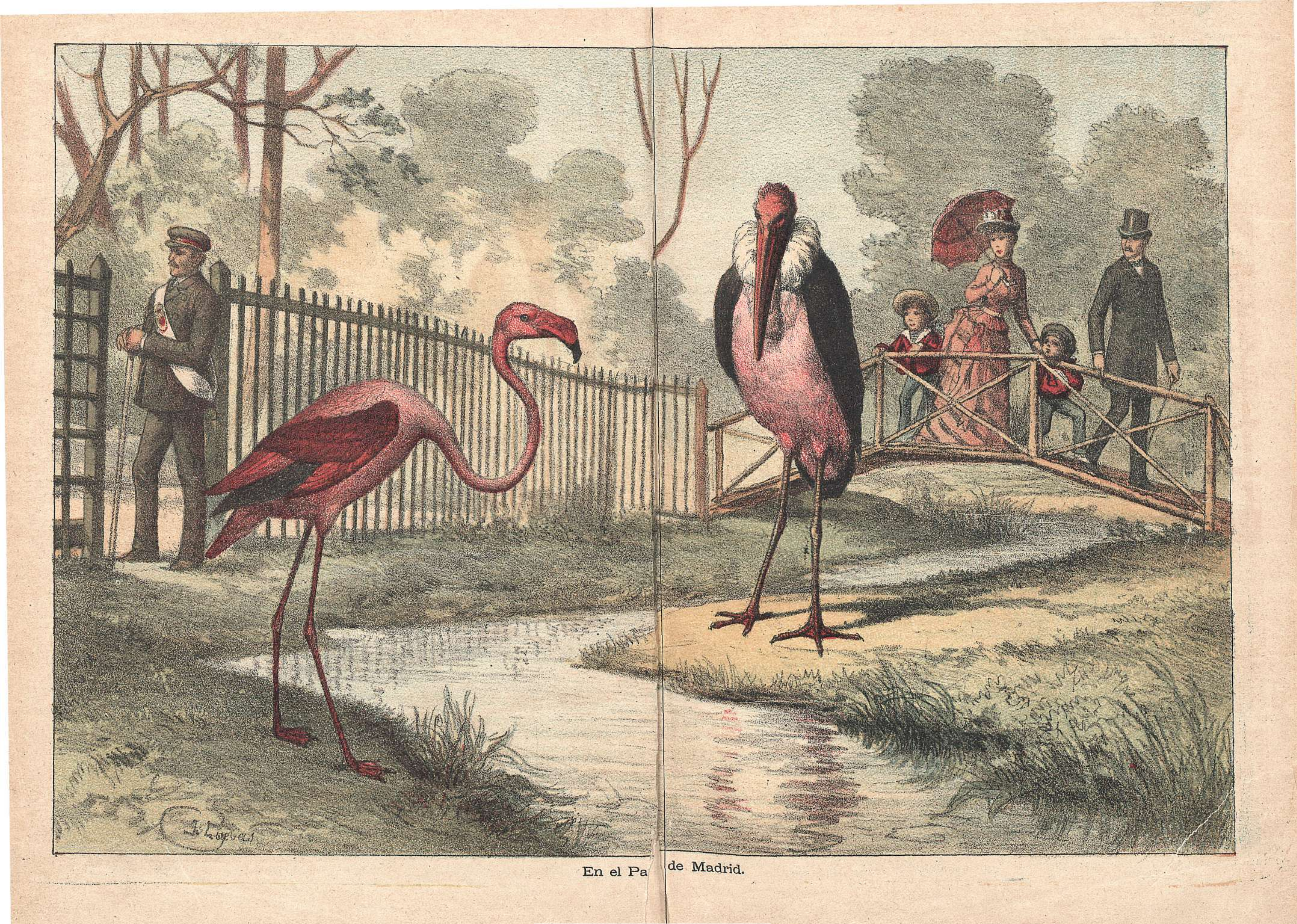
Nido de Cigüeñas.

TODO EN EL MUNDO ES AMOR

¿Qué son las armonías
del céfiro suave,
cuando suspira triste
del bosque entre el follaje?
¿Qué los dulces gorjeos
de las pintadas aves,
cuando á la tibia aurora
prestan pleito homenaje?
¿Qué los vagos murmullos
de la fuente, que al valle
lleva sus aguas puras
por entre peñascales?

¿Qué del mar los rumores
cuando sus olas baten
las arenas, y en copos
de espuma se deshacen?
¿Qué los mil leves ruidos
que de los campos salen
en las serenas noches
de nuestro clima suave?
¿Qué son más que suspiros
de ese amor puro y grande
que la naturaleza
rebosa en todas partes?

CELSO GOMIS



En el Pa[rque] de Madrid.



ILUSTRACIÓN DECENAL INFANTIL.

AÑO IV. || MADRID 28 DE FEBRERO DE 1890. || NÚMERO 6.º

Buenos amigos.

EL AMIGO DE LA INFANCIA.

PERIÓDICO ILUSTRADO

AÑO VII. MADRID 1.º DE ENERO DE 1880. NUM. 70.





ILUSTRACIÓN DECENAL INFANTIL.

AÑO IV. || MADRID 10 DE FEBRERO DE 1890. || NÚMERO 4.º

La oración de la mañana.



LA COBARDÍA

Que la liebre se alarme oyendo ruido cerca de su madriguera, no tiene nada de particular. La liebre es un animalito que no tiene inteligencia, y sólo posee el instinto de conservación, y el miedo á los que no son liebres como ella. Ha visto ya caer bajo el plomo de los implacables crueles cazadores á muchos de los de su especie, y por consiguiente no le faltan motivos para estar bastante recelosa. Pero que una niña, que es casi una mujercita,



ILUSTRACIÓN DECENAL INFANTIL.

AÑO IV. || MADRID 20 DE JULIO DE 1890. || NÚMERO 20.

¡Las uñas quietas!



Nuestra suscriptora señorita CONCHITA BAENA Y ZURBANO

la primera en descifrar las adivinanzas de LA EDAD DICHOSA

caído desde otro tejado más alto, y al infeliz no le quedaba más recurso que esperar allí la muerte.

Pero el monago lo pensó de otra manera. Echando el cuerpo fuera de la ventana, se descolgó por ella no obstante los consejos y amonestaciones de los otros chicos, y así, de tejado en tejado y con peligro evidente de su propia vida, llegó hasta donde el gato se hallaba, cargó con él y se volvió por el mismo camino.



El animalito salvado era un precioso ejemplar de su especie.

He dicho salvado, y así fué, porque Blasillo se dió tal maña, tanto y tanto trabajó con él y tantos cuidados le prodigó, que el gato, como tenía siete vidas, según vulgarmente se dice, recobró al fin la salud, la agilidad y el apetito.

Pero desde entonces no se separaba del monago ni un solo instante; le acompañaba constantemente, no sólo dentro de la iglesia, sino por la calle, como si fuera un perro, y hasta dormía á los pies de su cama.

Y lo más chistoso fué que como aquello llamó tanto la atención y por todas partes se comentaba, llegó á oídos del ama legítima del gato, quien teniéndole en grande estima por ser muy cazador, se presentó á Blasillo con ánimo de recobrarle y dar al monago una gratificación.

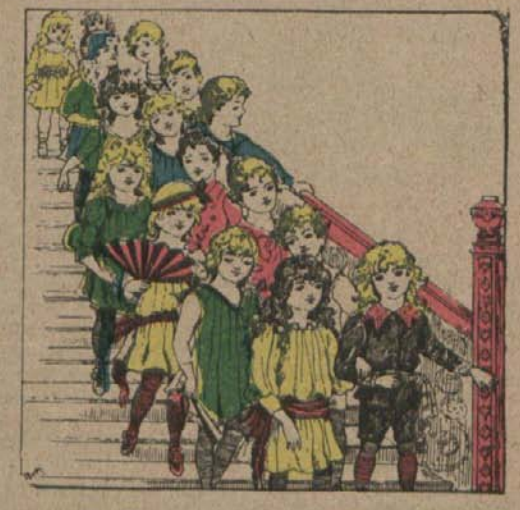
No fué posible, aunque éste reconoció la justicia de la demanda, *porque no hubo manera* de que el gato abandonase á su protector.

Cuantas veces el ama, á fuerza de caricias, conseguía tomarle en brazos, saltaba de ellos y se refugiaba entre las piernas de Blasillo, maullando de un modo particular, como si quisiera formular á su modo una protesta contra aquella forzosa separación.

Al cabo fué preciso desistir: el ama del gato, convencida de la inutilidad de su pretensión, hubo de conformarse á dejarle en poder de Blasillo, reconociendo al mismo tiempo que hay animalitos en los cuales el noble sentimiento de la gratitud se desarrolla en tales términos, que bien pudiera servir de estímulo y de enseñanza á muchos hombres.

SANCHO QUESADA.

EL PRIMER BAILE



Todas las vecinas y amigas habían asistido al momento de vestirse el niño.

El hecho constituía un verdadero acontecimiento.

Se trataba nada menos que de un baile de trajes á donde debía asistir Luisito, el hijo de la viuda que vivía en el sotabanco.

El día anterior había recibido una invitación del *señorito* del principal, en que le rogaba que concurriese el domingo de Carnaval á la fiesta que daban en su casa en obsequio á sus amiguitos. Pintar el entusiasmo de Luisillo, las perplejidades de su pobre madre, los ruegos, los proyectos, las combinaciones que sucedieron al convite, sería difícil tarea.

Era bueno el niño del principal, era amable y afectuoso, cuantas veces encontraba al hijo de la viuda.

—Niño,—le decía,—dile á tu mamá que te permita bajar á jugar conmigo, verás que preciosos juguetes tengo y cuanto te divertirás.

Sin embargo, á la pobre viuda le pareció siempre un peligro que Luisito conociese un mundo distinto del en que vivía y siempre contestaba: «—Otro día.» «—Ya verás, en cuanto te compre otro calzado.» «—Espera, hombre, espera que pueda hacerte otro delantal, ú otros pretextos por el estilo.»



Pero esta vez no cabían excusas ni dilaciones; allí estaba la invitación escrita con letras de colores sobre satinada y fina cartulina, constituyendo la felicidad suprema del pobre niño, al propio tiempo que de dudas y vacilaciones para la viuda. Mas, al fin venció el deseo del chico, y la madre busca de aquí, busca de allá, armó en veinticuatro horas un traje mitad guerrero, mitad fantasía, que no había más que



Las langostas van saltando y el campo devastando,

pedir. Una colcha de damasco que la pobre mujer guardaba como oro en paño, sirvió para confeccionar la túnica; unas calzas bombachas de cierta vecina y unos galones que le prestó una amiga, dieron complemento á la caprichosa vestimenta, amén de varias condecoraciones que conservaba la viuda de su difunto esposo que había sido miliciano, y que colgó al angelito como el último detalle de tan original y complicado figurín.

—¡De seguro que no hay otro igual!—decían las vecinas mirándole embobadas.

La madre le contemplaba con éxtasis y lloraba pensando en la hermosura del muchacho, y de pena pensando en su difunto padre.

¡La alegría que hubiera tenido él que fué siempre de lo más padrazo!

Una vez dada la última mano, lo acompañó su madre hasta la puerta del Principal, acompañado de un criado penetró Luisito en el baile, lleno de entusiasmo y de ilusiones.

* * *

A la puerta del salón profusamente iluminado, donde danzaban ya algunas parejas, recibía Enrique á los convidados; era el niño mayor de los señores de la casa, magníficamente vestido de *Caballero del Cisne*, traje que cuadraba á maravilla á su gentil y simpática figura.

Relucía su cota de plata como si estuviera cuajada de brillantes, y del bruñido casco salían las blancas plumas de cisne que iban á confundirse con la capa blanca también como el armiño.

Al verle Luis quedóse deslumbrado y confuso sin atreverse á levantar los ojos.

Una dolorosa impresión de envidia, de disgusto, de vergüenza, se apoderó de él al contemplar á su amigo y comparar el traje de aquél con el suyo. Por vez primera en su vida saboreaba el amargor de la diferencia de clases, por vez primera sintió como un saetazo que le desgarraba el corazón.

A su exaltada y vivísima fantasía, se le presentaba el pequeño *Lohengrin* con proporciones colosales de elegancia y riqueza Sin vacilar habría dado la mitad de su vida por poseer un vestido igual, culpando á su pobre madre que á pesar de gastar todos sus ahorros en ataviarlo, había tenido tan poco acierto y tan mal gusto.

Enrique que adivinó su turbación:

—Estás muy bién,—le dijo,—entra al salón y á buscar pareja; deseo que te diviertas esta noche.

Luisito dió unas vueltas; no conocía á ninguno de aquellos niños tan lujosos y elegantes, y que ávidos de alegría no se fijaban en el mal



Polichinela aparece en escena, solo, haciendo muecas y contorsiones.

—¡Je, je, je! Buenos días, mis pequeños camaradas; buenos días, gentiles señoritas, soy yo vuestro amigo Polichinela. Miradme bien, vuestro Polichinela siempre es el mismo, ¡je, je, je! Con seguridad esperábais mi llegada; héme aquí, pues. Imaginad que yo he querido seguir el ejemplo de la gente elegante; y á lo gran chic, hice mi viaje á la Costa del Oro. Yo he vivido como un milord, en un palacio ultra selecto; yo he sido el gran succés mundial en el casino high life. Vuelvo, pues, satisfechísimo de mi delicioso veraneo, que para mayor dicha no me ha costado ni una perra chica. Queriendo cumplir con mi madrina señora Gruchulet, fuí á visitarla y me recibió admirablemente; cuando me vió en su casa, me dió dos porrazos y me puso de patitas en la calle ¡que original!. Escapando de una recia paliza, fuí á refugiarme en un campo inmediato; allí estaba contemplando las estrellas, cuando de la luna se desprende un bolso lleno de oro. —Es oro,—dije cogiendo el bolsillo;—hago tres cabriolas y sin perder un minuto tomo un billete para la Costa del Oro (se vuelve y ve un guardia soplándose los dedos.) ¿Qué querrá este bicho?

ESCENA II

Polichinela y guardia

(El guardia, mirándolo de reojo, le dice al Polichinela):

—Polichinela buenos díaaas. ¿Te habías eclipsado como el sol?

Polichinela desconcertado y rascándose la oreja.—Señor guardia, yo he estado enfermo... ¡oh, muy enfermo!; celebro el interés que os tomais por mí.

El guardia bajando la cabeza.—¡Ah, diablo! De una indigestión de confites robados, incorregible glotón

Polichinela mofándose de su facha cómica.—Señor guardia, fuí á curarme la cabeza de una lesión de pronóstico reservado, y un especialista me mandó al agua salada de la mar para que la bebiera, me bañara y la respirara.

El guardia destornillándose de risa.—¿Para qué tanta sal? ¿Que-

rías ponerte en conserva? .. ¿Dónde has ido á disfrutar del dinero robado?

Polichinela haciendo gestos para disimular su sorpresa.—Yo no he robado nada, hacía mi dinero alquilando la joroba á los señores bañistas.



Guardia, absorto.—Tú si que me jorobas, saco de serrín; ya vendré luego por ti. (*sale*).

ESCENA III

Polichinela, solo.—¡Uf. uf! Me irrita el aspecto y los mostachos de este avestruz: eso del dinero son cuestiones indiscretas que no sé cómo arreglar; no me queda más remedio que volver á mi bondadosa, á mi dulce, á mi tierna madrina. *(Desaparece por el foro.)*

ESCENA IV

POLICHINELA Y SEÑORA GRUCHULET

Polichinela, afectuoso.—¡Inolvidable madrina, cuánto me alegro de verla!

Señora Gruluchet, montando en cólera.—Yo también. Aquí tienes la prueba: ¡pam, pam, pam! (*Y le administra una corrección*).

Polichinela huyendo.—¡Ah, oh, hi, eh; ay, ay, ay; basta, basta, me habeis roto la muela del juicio; hu, hu, hu!



Señora Gruluchet.—Juicio, si no has tenido nunca, ¡so pillete, coco vacío!

Polichinela.—¡Madrina... yo... yo vuelvo del agua... salada!

Madrina, sacudiéndole de nuevo.—¿Y puedes imaginar que yo crea que tú solo encontraste la mar, puerco espín?

Polichinela, llorando.—Madrina, escúchame usted: ¡hi, hi, hi!, cuando de dos bastonazos me puso en la puerta ¡hi, hi, hi!, dos malhechores saliendo de una esquina me apalearon, me maltrataron, quería huir... madrina... madrina. Viniendo

la noche y sin saber cómo me encontré encajonado en una especie de jaula muy oscura. Allí me tuvieron dos días y dos noches, cuando de improviso me hallé ante la inmensidad del mar. Hé aquí mi odisea.

Madrina, conmovida —Quiero creerte... Me siento orgullosa de haberte educado conforme lo he hecho. ¡Ay Polichinela, mi querido hijo! Sin mi intervención jamás hubieras llegado á ser un héroe.

Le abraza, se va y entra el juez (grandes gestos y desaparece). *Polichinela se acerca una mano á los carrillos y empieza á reir estrepitosamente.*

ESCENA V

Polichinela y el juez

Polichinela, aparte.—¡Paf!... Después del gendarme, la madrina; después de la madrina, el juez, ¡valiente desfile! Serenidad (haciendo saludos afectuosos). Señor juez, á que debo el honor...

El juez, duramente.—El honor es mío, ¡grandísimo pillete! ¿Qué vienes hacer en la casa de la señora Gruchulet?

Polichinela.—Vengo hacerle visita en calidad de hijo; es mi madrina, mi bondadosa madrina, ¡je, je, je!

El juez, bruscamente.—¡Ah! Tú eres el hijo de la señora Gruchulet; yo la tengo á ella como portera, pero á ti te lo digo sin ambajes, no te quiero cerca de ella y evita pasear por el hotel tu desgraciada figura; caco pervertido, ¿que hiciste del dinero que había en la bolsa, que me devolvió tu madrina?

Madrina entrando de nuevo.—Conque me habías engañado, ¡jiboso, pillo, tunante!

Polichinela.—No puedo escuchar este lenguaje, me retiro presto, prestísimo.

El guardia, deteniéndole.—¡Oh! No te escaparás sin que devuelvas su contenido.

Polichinela sintiéndose desfallecer.—¡Cielo, que desventura!, (sale).

ESCENA VI

Polichinela, señora Gruchulet y el juez

Madrina Gruluchet, amenazándole.—¡Ah! ¡Me has robado, hijo perverso, jiba de trapos, bandido...!

Polichinela, acercándose amenazador.—Calma, calma, madrina, ó va usted á estallar de una apiopejía fulminante.

El juez, sujetándole.—Queda usted detenido.

Polichinela desfalleciendo.—¡Gracia, gracia! ¡Déjeme usted, buen guardia... por piedad!

El guardia, pegándole en la jiba.—¿Has olvidado tu fechoría? Vamos, adelante.

Polichinela resignado.—¡Sea! Ya te sigo... otra vez en el garlito; en cuanto me suelten, voy á ser un hombre de bien; yo creo que este será el mejor medio para vivir tranquilo y dichoso.





ILUSTRACIÓN DECENAL INFANTIL.

AÑO III. || MADRID 30 DE MAYO DE 1889. || NÚMERO 15.

Hay que aplicarse más.



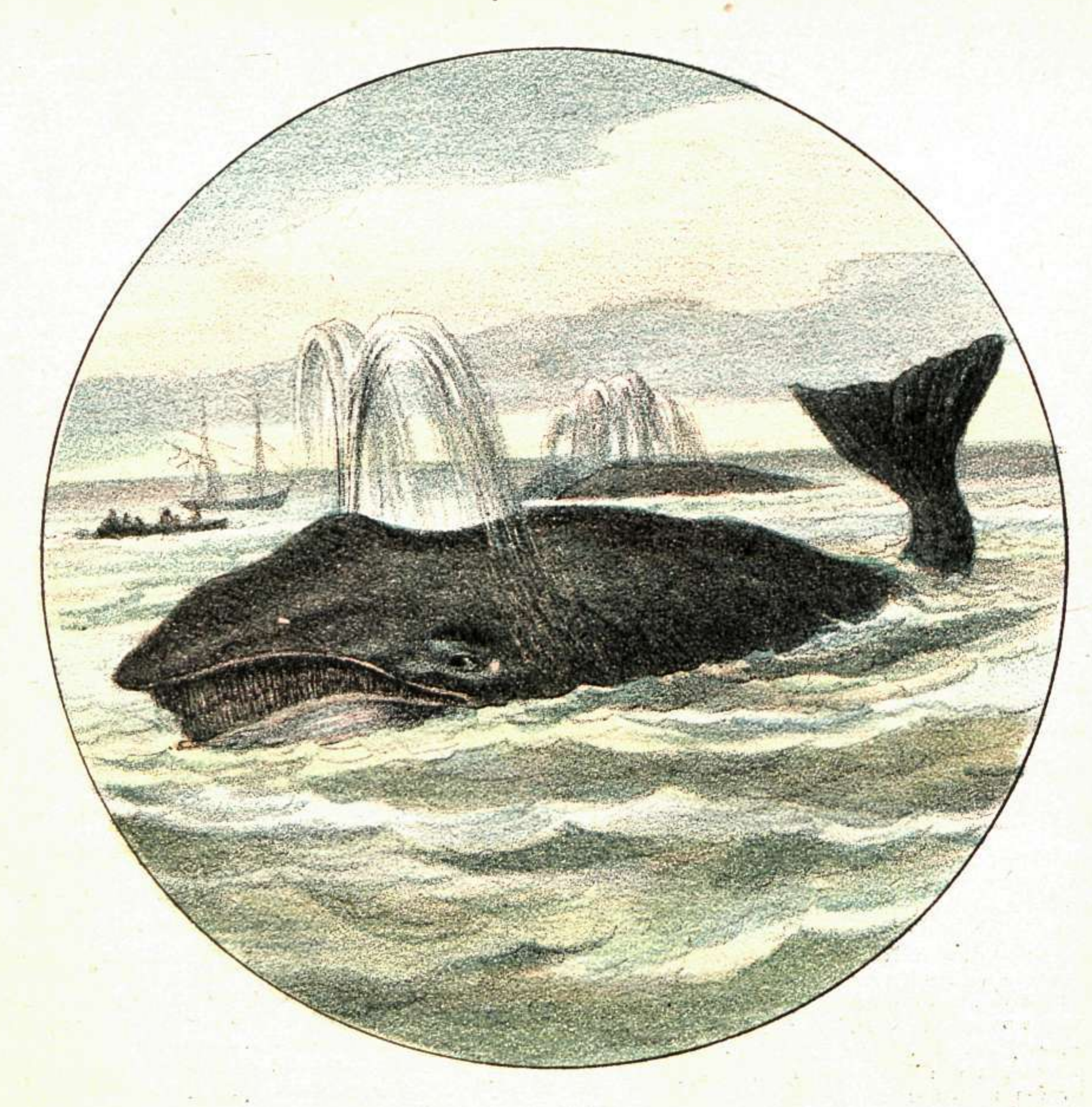
ILUSTRACIÓN DECENAL INFANTIL.

AÑO III. || MADRID 10 DE JUNIO DE 1889. || NÚMERO 16.

Horrible castigo.



Los amiguitos del Parque.



Cachalote.

EL CIPRÉS

En recinto solitario
ó al pie de elevado cerro,
bajo el ardor del estío
ó la nieve del invierno,
á través de brumas densas
ó del sol á los reflejos,
miro de tu erguida copa
el continente severo.
De tus hojas, siempre verdes,
lágrimas correr yo siento
cuando prestas sombra obscura
á la mansión de los muertos.
¡Cuántas veces frente á frente
mirarás hondos misterios
y encerrarás junto á tí
profundísimos secretos!
En el rumor producido
en tus hojas por el viento,
oigo suspiros amargos
y quejidos lastimeros.
De sonidos melancólicos
escuchas triste concierto,
y un río de llanto forma
de tu savia el alimento.
Mas yo, ni tu sombra obscura
ni tu severidad temo,
que esa región donde moras
es de la verdad el templo.

JOAQUÍN OLMEDILLA Y PUIG.



ILUSTRACIÓN DECENAL INFANTIL.

AÑO III. || MADRID 20 DE JUNIO DE 1889. || NÚMERO 17.

Salida para la escuela.



ILUSTRACIÓN DECENAL INFANTIL.

AÑO III. || MADRID 30 DE JUNIO DE 1889. || NÚMERO 18.

Antes de marchar